

LA NOVELA HISTÓRICA MEXICANA, DISEÑO DEL PARADIGMA IDENTITARIO

María Guadalupe SÁNCHEZ ROBLES
(*Universidad de Guadalajara, México*)

El principal instrumento literario del cual se valió Victoriano Salado Álvarez para construir su novela histórica *De Santa Anna a la Reforma*, primera serie de los *Episodios Nacionales Mexicanos*, publicada en 1902, se basa en la manifestación autobiográfica. A lo largo de los tres tomos que componen la primera serie de la novela se localiza, fundamentalmente, la presencia de un personaje narrador: Juan Pérez de la Llana. A través de su escritura y su mirada se van describiendo los acontecimientos personales e históricos de la época que narra, de 1851 a 1861. Para los fines de esta exposición, y por razones convencionales de tiempo, el presente acercamiento se centra sobre la construcción del personaje principal y su desarrollo, dejando para una mejor ocasión el tratamiento de los demás protagonistas del relato.

Por su propio carácter, la autobiografía puede definirse como una práctica literaria siempre inconclusa, siempre inacabada¹. El

¹ Con excepción del caso del *Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi, en el cual Edmond Cros pone de manifiesto los desdoblamientos de la

narrador, obviamente, se encuentra limitado para relatar su historia hasta un momento determinado en el transcurso de su vida y, del momento final, el de su muerte, no es posible informarse por su propia voz.

En el caso concreto de la primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos*, Juan Pérez de la Llana registra esta limitante. Su historia inicia desde un presente muy fugaz, por su extensión, en el espacio del texto. Las dos primeras páginas del primer capítulo muestran ese efímero presente, en el que describe su situación al momento de iniciar la escritura: “Ya viejo y con un mediano pasar, ocioso, amante de los libros y dueño de algunos muy lindamente escritos; sin mujer, hijos ni nietos á quien cuidar...”(t. I: 9)².

Así, la narración reconoce dos instantes muy precisos: el primero, muy breve en relación con el segundo, el cual da cuenta del presente desde el que se escribe *De Santa Anna a la Reforma* y que se ubica en el inicio y al final de la novela; y el segundo, un largo pasado que protagoniza, principalmente, Pérez de la Llana. Desde este planteamiento temporal ya se reconoce la constante bifurcación que construye al relato y que, por el momento, inaugura el texto semiótico que enfrenta a las nociones de pasado y presente.

El gesto fundador del personaje-narrador no es el de la identificación -ya que de hecho no se conoce aún su nombre-, siguiendo la retórica autobiográfica que privilegia al individuo. Su estrategia

instancia narrativa (Edmond Cros, *Ideosemas y Morfogénesis del texto: literaturas españolas e hispanoamericanas*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1992).

² Para este trabajo sobre los *Episodios Nacionales Mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez, se utilizó la edición facsimilar de la de 1902 publicada en 1984 por el Fondo de Cultura Económica, México, en colaboración con el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Instituto Cultural Cabañas

discursiva se encamina, ante todo, hacia el objetivo de crearse una imagen en la que los signos remitan al prototipo de un hombre sabio (viejo, solo), honesto y con el compromiso único de restituir las “noticias” (t. I: 9).

Aunque la autobiografía se defina como una formación de tipo individual, donde el sujeto narrador es privilegiado, esto no significa que dicha formación literaria no encuentre como contraparte la noción de colectividad, configurando al texto. La explícita motivación de Pérez de la Llana, en este inicio de la novela, parte por cierto de un conjunto plural, aunque por demás impreciso: “...algunos que me quieren bien (...) me animan á que relate las grandes cosas que presencié...”(t. I: 9). Y es esta imprecisión, esta indefinición u omisión de la identidad del conjunto aludido, la que marca la importancia de la noción de sujeto que aquí se presenta y su interrelación con los que lo rodean. Lo colectivo se convierte o se asume en el texto como una presencia silenciosa, constante y definitiva, aunque el narrador pretenda eclipsarla y minimizarla al máximo.

Si líneas arriba se ha hablado de la preeminencia del sujeto narrador, resulta contrastante la autodescripción que aquí se ubica y que habla del papel que le ha tocado jugar en los acontecimientos narrados y vividos: “...tomé la parte secundaria que era natural me tocara, dados mi corto mérito y mis escasas prendas.”(t. I: 9-10). Esta afirmación lanza de golpe a su narrador hacia los terrenos de la mediocridad y la pobreza intelectual, sumándose a la decadencia que ya se ha señalado. La autodefinición aquí complica la determinación de la identidad del personaje, ya que nulifica, al menos de manera explícita, la tendencia protagónica, casi heroica, del narrador: origen negado y desdeñado.

La limitación que se autoimpone el personaje-narrador, revestida de supuesta modestia, funciona simétricamente, en dirección

contraria, con el anuncio de “las grandes cosas” que presencié y complementa un sistema dual más en el texto: la contradicción entre lo desvalorado y lo valorado.

El nombre del narrador no aparece hasta la segunda página del relato. En primera instancia, lo que se conoce del personaje narrador, anónimo, enraizado en el presente, es su situación actual, su motivación para realizar la novela y algunas de sus habilidades. Si al momento de describir Pérez de la Llana sus atributos se localizó una desvalorización de su personaje, esta tendencia no se conserva intacta. Ahora el sentido se invierte, justo cuando la temporalidad cambia, cuando el espacio del pasado se presenta, para abrir una dimensión opuesta a la precedente, con lo que se problematiza aún más su propia definición.

El narrador abandona el estigma de la mediocridad y la decadencia del presente, desde el cual escribe, para establecer nexos con el poeta y santo Juan de la Cruz al compartir la misma fecha de nacimiento: “Me llamo *Juan Pérez*, tengo sesenta y nueve años de edad (que cumpliré el próximo veinticuatro de Noviembre, día del bienaventurado Juan de la Cruz)” (t. I: 10).

El pasado se instala en el discurso y el inicio formal de la autobiografía lo acompaña. Con estas herramientas Juan Pérez pasa a un estadio más favorable en su historia. El género literario autobiográfico impone sus normas y Pérez recapitula sobre su pasado más remoto para presentar sus orígenes. Y aunque su linaje sea “oscuro”, él valora la honradez de sus antepasados, “...gentes buenas y que nunca dieron que hacer á la justicia.” (t. I: 11).

El proceso de oscilación entre la indefinición del nombre del narrador (el presente) y su definición (el pasado histórico) establece un nuevo sistema, estructurado como un texto semiótico y cuyo campo de acción quedará estrechamente ligado a una problemática de la identidad, ser vs. parecer: “...allá va en otras que no

serán muy breves, algo que puede parecer una autobiografía.”(t. I: 10). Esta afirmación viene a ahondar las contradicciones de la primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos*, pues se orienta al lector hacia un espacio de apariencias, de espejismos y desdoblamientos que insertan, en el texto, una notoria riqueza semántica.

Sumada a las negaciones parciales de los cánones de la práctica autobiográfica, que ya se han mencionado, resulta obvio que en el campo discursivo de Pérez existe, igualmente, una tendencia a demeritar otros signos. En este caso, los que remiten a una sociedad testamentaria y que señalan una ruptura o discontinuidad: “Ni el españolismo ni la mercedación heredaron los descendientes de Pero Pérez...” (t. I: 11).

Sin embargo, éste es uno más de los aspectos que en el texto tienden a volverse muy complejos. Aunque aquí se enfatice la ausencia o la imposibilidad de una línea genealógica importante, en el texto existe el vestigio de una afirmación que se dirige en el sentido contrario y que establece la noción de transmisión o continuidad y, simultáneamente, señala la preeminencia del oficio relacionado con las letras.

Las fluctuaciones entre las nociones de continuidad y ruptura, de una normatividad y su contraparte, de lo desvalorado y lo valorado, y, en general, ese movimiento oscilatorio constante entre los signos opuestos afirma esa calidad de indefinición, en un texto que busca definir, convirtiéndose en parte fundamental del tejido textual que compone a *De Santa Anna a la Reforma*.

Considero necesario enfatizar en la descripción del personaje-narrador sobre sus orígenes y su familia, entendida ésta como una institución fundadora, en el análisis. Como conjunto y por la misma perspectiva del narrador, la familia aparece en el texto como una figura del pasado.

Pero Pérez quedará como una primera realización o desdoblamiento de la propia figura de Juan Pérez, y no sólo por su profesión sino por el paralelismo que se establece con las vivencias del personaje narrador de la novela:

No puedo injertar mi árbol genealógico por rama ninguna con la de los siete infantes de Lara ó el Cid Campeador: el primer ascendiente mío que vino á estas tierras se llamaba Pero Pérez de la Llana, era castellano viejo, de tierra de Burgos, y por no sé qué azares de la suerte se alistó en la expedición de Barba; asistió al sitio y toma de México; vino después á la Nueva Galicia en compañía de Guzmán, salió luego con Oñate, ya habilitado como escribano de la expedición, y al final se asentó como vecino en el pueblo de Tlaxochimaco (...) Allí un virrey (creo que Mendoza) lo agració con un sitio de ganado mayor, uno de menor y tres caballerías «por haber servido á S. M. con cincuenta pesos en reales y su media annata.» (t. I: 11).

Este antecedente familiar funda y legitima la participación de Pérez de la Llana en la escrituración de la historia de México y su cercanía al medio del poder político nacional. La literatura aparece, entonces, como un signo posibilitador de un sistema sucesorio, suplantando al sistema de transmisión de la sangre: “Ni el españolismo, ni la mercedación heredaron los descendientes de Pero Pérez, aunque sí el oficio de escribanos, que ejercieron todos hasta mi padre.”(t. I: 11).

A pesar de esta continuidad profesional familiar, hay una ruptura muy marcada al omitir por completo los nombres de los descendientes del primer Pérez en América: la desvalorización, simultáneamente, se instala en la diégesis. Con este nuevo signo

de ruptura o discontinuidad, el narrador llega hasta la descripción de la figura paterna.

Entre Pero Pérez y el padre del narrador destaca una distinción en el tratamiento: al primero se le presenta sin ningún adjetivo o título que anteceda su nombre -a pesar de una vida evidentemente más atractiva o literaria que la paterna-, mientras que para el padre se utiliza el calificativo de “don”, signo de respeto y jerarquía. Pero no sólo este respeto se hace explícito en la utilización del “don”: “Mi padre, que se llamaba don Andrés (Dios lo tenga en su gloria), era la persona más perfecta y cabal que haya visto jamás...” (t. I: 12).

El desbordamiento cualitativo resulta evidente y refuerza las nociones de lo valorado y lo desvalorado que ya se han señalado. Además, establece un profundo compromiso con las figuras de autoridad que se presentarán en la diégesis. Ante la desconcertante perfección de don Andrés, y siguiendo con la sistemática textual que indica una constante fluctuación de los signos con sus opuestos, no podía faltar el elemento que rompiera con la consumación: “Franco, sincero, partido, liberal, de buen entendimiento y corazón hermosísimo, no tuvo más defecto que su grande é incorregible pobreza” (t. I: 12).

El resto de la familia de Juan Pérez, las mujeres, complementa el universo tan notoriamente bifurcado de su autobiografía. Al especificar que el grupo complementario se compone de mujeres, se resalta esa calidad diferenciadora en el texto, que ya se ha señalado. El tratamiento que se le otorga a la figura paterna difiere radicalmente del que se ofrece a las demás integrantes de la familia:

...Petra, que casó el 54 con el Coronel Avalos; Manuela, mujer de Naranjo, el riquísimo denunciante de bienes

nacionalizados; Rudesinda, que vive soltera convertida en rata de iglesia; Catalina, preciosa criatura que murió antes de llegar a la edad núbil; Toribia, cuya triste historia contaré quizás algún día... (t. I: 12).

No es posible precisar si los nombres responden a un orden cronológico o de cualquier otro tipo. Lo importante es que tres de ellas, Petra, Manuela y Rudesinda, están definidas en función del compromiso matrimonial: las dos primeras casadas y la última sin estarlo. Toribia aparece como un personaje excluido, pues su historia se le niega al lector, aunque se sabe que su destino fue negativo. La única que aparece acompañada de una descripción favorable es Catalina, pero a ella no puede ubicársele en el campo de las mujeres, propiamente, ya que falleció cuando era una niña. Sin embargo, no es en estas figuras periféricas sino en la imagen materna donde dicha calidad textual se recrudece y, por lo mismo, se vuelve altamente simbólica. Su ausencia por muerte a los pocos meses de nacido el personaje-narrador es parte de esta desvalorización, pero se acrecienta en el hecho de que ni siquiera se proporciona su nombre: omisión absoluta de una figura trascendente, por su posición antagónica y de equilibrio de la desmesura cuantitativa y cualitativa que porta la figura paterna.

Ante esta serie de desdoblamientos del texto, los signos de un orden caótico se refuerzan, sobre todo, si se toma en cuenta que el lector va a encontrar una obra que pretende ser autobiográfica, construida no sólo por la voz del autobiografiado, sino que a ésta se suman tres autobiografías más. Pero si a esto se le añade el hecho de que la misma voz de Pérez de la Llana, ya muy viejo y al inicio de la novela, dice que no es precisamente una autobiografía lo que se leerá, entonces se reafirma esa cualidad de indefinición que ya se ha hecho destacar.

Dada la premura del tiempo para la exposición de los resultados de este acercamiento, en este momento me concentraré en informar sobre el funcionamiento del binomio Madre vs. Padre. Este enfrentamiento está estrechamente ligado con el signo de la identidad, con los orígenes familiares, sociales e históricos. En la novela *De Santa Anna a la Reforma* es reiterativa esa búsqueda de identidad, tanto individual como colectiva o nacional. Este hecho se nutre desde la implementación de la práctica autobiográfica en la narración. Como ya se ha demostrado aquí, dicha práctica está muy relacionada con la composición del “sujeto” y su definición. De esta manera, la ausencia absoluta de la madre del personaje principal, Juan Pérez de la Llana, no hace sino convertirse en un signo que impacta de modo definitivo al relato y a su significación. Este vacío viene a evidenciar la fuerte problematización de las imagos maternas, no sólo textuales, sino a nivel del contexto histórico de la escrituración de la novela. Por principio, entonces, la identidad, ante la ausencia materna, no puede ser conceptualizada más que como una identidad mutilada.

Por otra parte, en la novela de Salado Álvarez, la figura paterna biológica, Don Andrés, a pesar de ser reiteradamente exaltada, se relega a un segundo plano, ya que la principal figura emulativa, paradigmática, didáctica, es, en realidad, Pero Pérez. Entonces, el origen biológico inmediato es conceptualizado en el campo de lo desvalorado, tanto en el caso de la madre, como en el del padre. Esta afirmación puede resultar pertinente si se enfrenta al binomio madre-padre biológicos, la composición madre institucional (España)-padre institucional (Pero Pérez, Porfirio Díaz e Ignacio Manuel Altamirano). Este último conjunto se sustenta por la influencia que dichos personajes juegan en la diégesis (Pero Pérez) y en las propias palabras de Salado Álvarez en las dedicatorias de

la novela. El siguiente cuadro esquematiza las relaciones filiales en un doble plano:

MADRE BIOLÓGICA	VS.	PADRE BIOLÓGICO
VS.		VS.
MADRE INSTITUCIONAL		PADRE INSTITUCIONAL

¿Es posible hablar de una madre y un padre “institucional”, donde instancias culturales y de poder se entrecruzan?

La respuesta puede sustentarse en las afirmaciones de Gérard Mendel, convocado por Edmond Cros para develar la situación semántica y simbólica de *El Periquillo Sarniento*: “ (...) la interiorización de la imagen paternal (...) será transmitida por lo que él designa como Instituciones socio-culturales (...) (Mendel, 1969)”³.

Ante esta conceptualización de las imágenes maternas y paternas, queda claro que las figuras familiares biológicas-inmediatas vienen a ser desplazadas por la influencia de la Institución. Un universo biológico- concreto original, de primera generación, es sustituido por un conjunto simbólico que privilegia un modelo de organización ideológico, social e histórico: todo esto, finalmente, como una postura para forjarse una identidad.

Al reconocer la carga semántica del binomio madre vs. padre, es posible reinsertar este elemento dual en el conjunto en que se origina.

- Madre vs. Padre
- Pasado vs. Presente

³ *Ibid.*, p. 145.

- Campo *vs.* Ciudad ESTANCAMIENTO *VS.* PROGRESO
- Retroceso *vs.* Avance
- (Exclusión *vs.* Inclusión)
- Estancamiento *vs.* Progreso

El segundo conjunto de textos semióticos aquí revelados se conforman de la siguiente forma y se reducen a la oposición entre los conceptos de caos y orden:

- Falso *vs.* Verdadero
- Popular *vs.* Elitista
- Pasado *vs.* Presente
- Discriminado *vs.* Indiscriminado
- Caos *vs.* Orden CAOS *VS.* ORDEN
- Indefinido *vs.* Definido
- Periferia *vs.* Centro
- Cerrado *vs.* Abierto
- Colectividad *vs.* Individuo

De esta manera, la reformulación de textos semióticos que conforman el sistema semiótico del presente acercamiento queda sintetizada entre las oposiciones:

ESTANCAMIENTO	<i>VS.</i>	PROGRESO
CAOS	<i>VS.</i>	ORDEN

Ambos enfrentamientos me parecen remitir a una postura ideológica determinada: se trata de huellas discursivas y semánticas del positivismo en América Latina.

CONCLUSIONES

En este apartado de las conclusiones el objetivo es mostrar la estrecha relación entre los resultados obtenidos a través del análisis y la realidad extratextual que acompañó a la escrituración de la obra de Salado Álvarez. Para abordarlo, se señalan algunas de las principales características del ideario de Gabino Barreda y sus seguidores, el cual funciona como eje central de implantación y desarrollo del positivismo mexicano; y además, las premisas que guiaron al grupo de los “científicos”, a través del pensamiento de Miguel S. Macedo. Los puntos anteriores permitirán corroborar la pertinencia del análisis y ubicar su origen social, político e ideológico.

El 4 de febrero de 1877, diez años después del triunfo de la guerra de Reforma y de la entrada de Gabino Barreda como responsable en el gobierno de Juárez para reorganizar la instrucción pública, se aprobaron las bases que habían de reglamentar la *Asociación Metodófila “Gabino Barreda”*. Uno de sus principales fines era mostrar cómo un grupo de hombres dedicados al estudio de distintas especialidades podía entenderse y unirse por medio de principios considerados como fundamentales: un “fondo común de verdades”. Las ponencias presentadas versaban sobre astronomía, física, química, biología, medicina, matemáticas y sociología. En lo que concierne al presente estudio de la obra de Salado Álvarez, esta búsqueda de diversidad y unificación de campos del conocimiento aparece en concordancia con la noción integradora de la inclusión: la realidad extratextual marca al texto en el plano simbólico y corrobora la certitud del análisis.

Los discípulos de Barreda, agrupados en la Asociación Metodófila aplicaron también el método positivo a problemas de orden social, con lo que su ideología se volvió práctica. De las

publicaciones de dicha asociación destaca la de Miguel S. Macedo -quien más tarde será uno de los directores del partido político de los Científicos- titulada “Ensayo sobre los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores” en el que se establecen las obligaciones de unos y otros. (Es pertinente recordar que en *De Santa Anna a la Reforma* la jerarquización resulta fundamental en el tejido estructural).

De acuerdo con la tesis de Macedo, no caben en la humanidad otras relaciones que las de orden. Todos los hombres tienen un determinado puesto en la sociedad, dividida en dos grandes campos: les corresponde a unos hombres dirigir y a otros obedecer, con una serie de deberes y obligaciones en sus relaciones. Esta forma de pensamiento excluyente y jerarquizado se manifiesta en el texto de Salado Álvarez a múltiples niveles y de manera reiterativa. Al tratar de ordenar, jerarquizar, a la sociedad contextual de la novela, las marcas que dichas posturas generan dejan sus huellas a nivel simbólico de una manera concreta. Así, la oposición caos vs. orden que en la primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos* se ha localizado, encuentra su referente en una postura de pensamiento extradiegético.

Macedo define la superioridad como “la cualidad de poseer otra cualidad en un más alto grado que otro u otros”⁴. La inferioridad es considerada como la carencia de dicha cualidad. La superioridad puede tener diversas formas o campos: existe una superioridad por “razón de afecto”; otra por inteligencia, en la que sitúa Macedo a las clases que llama contemplativas; y una superioridad más por la fuerza práctica. La norma de convivencia será: “Abnegación de

⁴ Miguel S. Macedo, “Ensayo sobre los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores”, en *Anales de la Asociación Metodófila*, México, 1887, p. 214.

los superiores para con los inferiores: respeto y veneración de los inferiores hacia los superiores”⁵. Macedo considera la superioridad por “razón de afecto” como la más elevada, porque del corazón, dice, parte todo impulso a la humanidad.

La mujer es el sujeto poseedor de esta cualidad en más alto grado; en este campo ella es superior, ya que el varón, a causa de las continuas luchas materiales y morales que tiene que sostener, va perdiendo poco a poco el afecto, con lo cual se transforma en un inútil social, incapaz de amar. De aquí que la mujer tenga el deber de inspirar al hombre las acciones más elevadas y morales. Esta alteridad genérica de la tesis de Macedo se plasma de manera concreta en la obra de Salado Álvarez. Las hijas de Pérez de la Llana se definen por su estado civil, el matrimonio, y por las características de sus cónyuges. Las mujeres, según este esquema de conceptos y comportamientos jerarquizantes, se hallan incluidas en el espacio de quienes deben obedecer a los superiores, que serían los representantes masculinos de la sociedad (padre, marido, padrino). El matrimonio, como institución, define a la mujer, y al mismo tiempo le da razón de existir, resulta su único universo íntimo, pero en total dependencia de las decisiones masculinas. Al situar a la mujer en una definición como la anterior, se le otorga un funcionamiento específico en el organigrama social, que no sólo la limita individualmente, sino que la propone como un punto de unión entre entidades masculinas que desean interrelacionarse.

Hombres que aspiran al bienestar material, hombres cuyo último fin no podía ser otro que el de la obtención de la riqueza, tendrían que justificarla moral y socialmente. Este hecho extratextual viene a corresponder con el itinerario de vida de Pérez de la Llana y

⁵ *Ibid.*, p. 215.

sus aspiraciones de ascenso social y económico. Asimismo, esto corrobora la búsqueda de un paradigma de vida como lo es Pero Pérez, desplazando el protagonista a su propio padre, cuyo único “defecto” era su pobreza.

Macedo dice que uno de los tipos de superioridad social es el de la riqueza. Puede considerarse al rico como socialmente superior, ya que posee una cualidad que no tiene el pobre y que se deriva de sus bienes. “Esa superioridad puede trocarse fácilmente en superioridad moral; para eso basta sólo que el rico emplee sus caudales en el bien”⁶.

La jerarquización de la sociedad desde esta perspectiva culmina con el papel que se le atribuye al conocimiento: “El sabio es quien tiene mayores deberes, puesto que es el que posee el más poderoso de todos los elementos para mejorar las condiciones sociales, y para servir dignamente a la humanidad: la ciencia”⁷.

Con una variedad de versiones determinadas por la posición social, política o religiosa de sus intérpretes, el mundo positivista mexicano no estuvo libre de conflictos internos. Esta pluralidad de voces confirma en la novela de Salado Álvarez una caótica búsqueda de definición, ahí donde todo pretende limitarse, reducirse, a una verdad única y de consenso alrededor de los efectos del movimiento reformista en la época porfiriana de la escrituración.

La primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos* pone de manifiesto, a nivel semántico, todos estos enfrentamientos y paradojas. Si los grupos conservadores utilizan la noción de idealidad a través de la Utopía y teniendo a la figura de la deidad como su guía máxima, los positivistas, al alcanzar el poder

⁶ Miguel S. Macedo, *op. cit.*, p. 219.

⁷ *Ibid.*, p. 222.

como grupo, reciclan esa idea de perfección, representada ahora por las instituciones sociales –que ellos ayudan a concebir– y por el liderazgo de Porfirio Díaz.

La simetría semántica y simbólica que se produce entre los resultados del acercamiento a *De Santa Anna a la Reforma* y la realidad extratextual de la escrituración de la novela aparece más allá de una mera transposición de hechos que van de lo real a lo ficticio. La obra de Salado Álvarez se enfoca a un período anterior a los hechos extratextuales arriba señalados. Y sin embargo, es la época de la escrituración la que dará cuenta del tejido ideológico que figura en el texto. El pasado que el autor pretende narrar no hace sino hablar del presente desde donde se narra. La novela histórica como género, entonces, está más comprometida con su propio presente que con el pasado que aborda. De aquí su riqueza y su ruptura con la Historia. De esta manera, los grupos intelectuales y artísticos de la época se encumbran en la pirámide social para reforzar el proyecto de Porfirio Díaz y dar sentido a la definición de la nación mexicana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CROS, Edmond (1997), *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor.
- (1992), *Ideosemas y morfogénesis del texto: Literaturas española e hispanoamericana*, Frankfurt am Main, Vervuert.
- (1986), *Literatura, ideología y sociedad*, Gredos, Madrid.
- MACEDO, Miguel S. (1987), “Ensayo sobre los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores”, en *Anales de la Asociación Metodófila*, México.
- MARTÍNEZ, José Luis (1996), *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, México, CONACULTA.

- (2000)“México en busca de su expresión”, en *Historia General de México. Versión 2000*, El Colegio de México, pp. 705-755.
- RAAT, William D. (1975), *El positivismo durante el porfiriato 1876-1910*, México, SEP-Setentas.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano (1984), *Episodios nacionales mexicanos. De Santa Anna a la Reforma. Memorias de un veterano*, 3 t. (edición facsimilar), México, FCE.
- ZAVALA, Silvio (1993), *Apuntes de una historia nacional, 1808-1874*, México, FCE.
- ZEA, Leopoldo, (1982), *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Porrúa.
- (1968), *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE.

